

GIBRALTAR POR CÁDIZ O CÁDIZ POR GIBRALTAR

Ricardo ÁLVAREZ-MALDONADO MUELA



OS acontecimientos que vamos a exponer tuvieron lugar al inicio del siglo XVIII durante la guerra de sucesión a la Corona de España. Como es sabido, en ella se disputaron el trono español Felipe de Anjou, después Felipe V, y Carlos, archiduque de Austria hermano del Emperador. A favor de Felipe luchó Francia, y por Carlos una coalición formada por Austria, Inglaterra y Holanda, a la que después se unieron Portugal y Saboya.

El rey Guillermo III de Inglaterra fue el promotor de dicha coalición. Los objetivos políticos ingleses, inicialmente, estaban muy claros: preservar el equilibrio continental y conseguir las mayores ventajas posibles en el comercio marítimo con los virreinos españoles de América, ocupando, de ser preciso, puntos estratégicos en las dilatadas costas e islas adyacentes de nuestros extensos territorios ultramarinos.

Sin embargo, los avatares de la guerra hicieron que el centro de gravedad de la actividad naval se desplazara del Atlántico al Mediterráneo, donde desde entonces hubo que contar con la presencia naval británica.

Esta guerra dividió a los españoles en dos bandos, siendo en Cataluña donde mayor número de partidarios tuvo la causa del archiduque.

En 1702 la información que tenían los aliados sobre el estado de opinión de la población andaluza, fundada en las subjetivas apreciaciones del almirante de Castilla Tomás Enríquez de Cabrera, ferviente partidario del archiduque Carlos, no se ajustaba a la realidad. Este equívoco indujo a los dirigentes aliados a creer que un desembarco en el sur de la Península sería secundado por los españoles simpatizantes de la causa austriaca.

Cádiz, por su situación y por ser el terminal europeo del tráfico marítimo indiano, fue el lugar elegido. La fortaleza gaditana siempre ejerció sobre los británicos una atracción irresistible. De ahí que se repitieran de forma casi idéntica los hechos acaecidos en 1625, inmortalizados por el pincel de Zurbarán. Afortunadamente, no se reprodujo lo acaecido en 1595, cuando Cádiz fue tomada y saqueada por una flota angloholandesa de unas doscientas velas al mando del conde de Nottingham con un fuerza de desembarco de 10.000 hombres a bordo.

En esta tercera ocasión la expedición aliada salió de los puertos de la costa meridional inglesa el 12 de julio de 1702. Ejercía el mando naval el almirante

Sir George Rooke y el del ejército expedicionario el general Sir James Butler, duque de Ormont. Los barcos holandeses que formaban parte de la flota combinada los mandaba el almirante de dicha nacionalidad Philips van Almonde.

La flota aliada la componían 50 navíos de línea, 30 ingleses y 20 holandeses, una treintena de bajeles de guerra de menor porte y un sin número de transportes y embarcaciones menores con una fuerza de desembarco de unos 14.000 hombres. En conjunto esta armada sobrepasaba las doscientas velas. Como puede apreciarse era de entidad similar a la del denostado duque de Medina-Sidonia enviada 114 años antes contra Inglaterra por Felipe II. A bordo de la fragata *Adventure* embarcó como representante del archiduque Carlos, en cuyo nombre y con el título de Carlos III de España se realizaba la expedición, y el príncipe Jorge de Darmstadt, ex virrey de Cataluña durante el reinado de Carlos II y depuesto cuando Felipe V subió al trono.

La oposición que los españoles podían ofrecer, según el marqués de San Felipe, se reducía a 150 infantes y 50 jinetes para la defensa de las playas de la bahía, a las escasas guarniciones de los castillos y a los 500 hombres del presidio de Cádiz. A estos afectivos había que añadir las compañías, apenas sin instrucción, de las milicias municipales. Aparte de la plaza fuerte de Cádiz estaban artillados con 28 y 18 cañones, respectivamente, los fuertes de Puntales y Matagorda y con 20 el castillo de Santa Catalina. Este último estaba situado en la playa de Fuentebravía, entre Rota y El Puerto de Santa María.

Las fuerzas navales españolas se componían únicamente de seis galeras, al mando del conde de Fernán Núñez, y de algunos galeones y embarcaciones menores. También había en Cádiz varios barcos franceses.

Todos ellos, como en 1625, se refugiaron en los caños del seno interior de la bahía, en cuya entrada, entre Puntales y Matagorda, se intentó tender una cadena, lo que impidió la corriente. En vez de ella, se hundieron, llenos de piedras, dos galeones en el paso, lo que impidió el de los navíos enemigos que, con viento favorable, días después intentaron forzarlo.

Fracasado el intento de atraerse al bando del pretendiente austriaco a las autoridades locales, el mando angloholandés, cerciorado de las dificultades que entrañaba el asalto directo a Cádiz, después de largas deliberaciones en las que se pusieron de manifiesto opiniones encontradas, decidió efectuar el desembarco en la playa del Chorrillo, aproximadamente donde se encuentra hoy el puerto de la base naval de Rota.

Al amanecer del 26 de agosto de 1702 las primeras barcadas vararon en la playa, saltando las tropas a tierra con la oposición del contingente de caballería de Félix de Villalón que, con la mayoría de sus hombres, murió valerosamente. A las tres de la tarde ya estaban en la playa más de 6.000 hombres que instalaron un campamento en la desembocadura del río Salado. Desde allí el duque de Ormont decidió marchar hacia el pueblo de Rota. Desguarnecido como estaba el castillo de Luna, sito en este pueblo, la plaza no tuvo más

remedio que rendirse. Las tropas de Ormont entraron en ella en la mañana del día 27. Desde los barcos de la flota angloholandesa, fondeados en el placer de Rota, desembarcaron en el muelle la artillería y la caballería, así como gran cantidad de municiones y pertrechos.

Ya con toda su fuerza en tierra, Ormont trató de atraerse al capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias. La respuesta de éste desde El Puerto de Santa María fue tajante: «Los españoles no mudamos ni de religión ni de Rey».

Esta lapidaria frase reflejaba un sentir general. Las tropas inglesas y holandesas llevaban consigo el estigma de «herejes» en la opinión popular. El posterior saqueo de iglesias y conventos corroboró que el calificativo no iba descaminado.

El 31 de agosto el ejército enemigo partió de Rota hacia El Puerto de Santa María. El castillo de Santa Catalina, cuya ubicación hemos señalado, era el único obstáculo. Su artillería hizo fuego hasta que, desmontada, los treinta supervivientes de su guarnición tuvieron que rendirse. El Puerto, sin defensas, quedó a merced del ejército angloholandés, que entró en la ciudad el 1 de septiembre. Ésta, casi abandonada por sus habitantes, fue concienzudamente saqueada. El 7 de septiembre el ejército invasor reanudó la marcha: cruzó el Guadalete, atravesó la playa de Valdelagrana, franqueó el río San Pedro y entró en Puerto Real el 8 de septiembre. Su próximo objetivo era tomar por tierra el fuerte de Matagorda, ya que en el puente de Zuazo había encontrado fuerte resistencia. La ocupación de Matagorda facilitaría el asalto por mar a Puntales y, a continuación, la toma definitiva de Cádiz.

Las tropas del general Baron Sspar, apoyadas por su artillería de campaña, intentaron asaltar Matagorda desde el 9 al 16 de septiembre. La resistencia de sus defensores al mando de su alcaide Andrés de la Torre fue encarnizada. Aunque los fuegos de Matagorda estaban orientados para batir la mar, cruzándolos con los de Puntales, contaba con defensas por su gola, y además también tiraban las galeras de Fernán Núñez desde el interior del caño, así como las doce piezas de a 24 que se habían instalado en un pontón fondeado. De esta forma la artillería española batía de flanco a las baterías enemigas instaladas en tierra.

Las tropas de Sspar, que tuvieron 600 muertos e infinidad de heridos, fracasaron en su intento de tomar Matagorda. Si a este descalabro se añadían las dificultades que se prevía iba a entrañar el salto a Puntales y el posterior asalto a Cádiz, hicieron que el mando angloholandés reconsiderara la procedencia de continuar el intento. En un consejo de guerra a bordo del *Royal Sovereign*, buque insignia de Rooke, se decidió abandonar la empresa y reembarcar en Rota, tras destruir todos los almacenes de pertrechos y mercancías existentes en Puerto Real, Rota y El Puerto de Santa María. En este último los había en gran número por estar ubicados allí muchos comerciantes de productos de Indias. La demostrada inseguridad en El Puerto les hizo trasladarse definitivamente a Cádiz, donde se instalaron a partir de entonces.

El reembarco del ejército angloholandés se llevó a cabo en Rota, hostigado por las tropas españolas del marqués de Villadarias, muy reforzadas con contingentes organizados enviados desde el interior de Andalucía.

El inesperado fracaso de la poderosa armada de Rooke y del ejército de Ormont, que no recibió de ella todo el apoyo que le hubiera hecho falta, dejaba muy mal parada la reputación del almirante.

La justificación que de Rooke hace Alfred T. Mahan en su conocido libro *The influence of seapower upon History* no es de recibo: alega que al almirante inglés le ataron las manos las instrucciones que tenía de atraer al pueblo español a la causa austriaca, apartándolo de su fidelidad al rey Borbón.

No parece que tuviera mucho sentido aprestar tan poderosa fuerza para abandonar la empresa por falta de colaboración y, por otra parte, consentir el comportamiento de la tropa desembarcada e incluso la de sus jefe no fue consecuente con el propósito de atraerse a los españoles.

Con razón dice el historiador inglés Campbell que «tan expeditivos procedimientos en vez de impulsar a los españoles hacia la Casa de Austria les indujo a pronunciarse en contra».

Más clarividente que Mahan, Winston Churchil, en su libro *The Island Race*, dice: «si las potencias marítimas (se refiere a Inglaterra y Holanda) hubieran demostrado en Cádiz la misma agresividad de que dieron testimonio poco después en Vigo, se hubieran hecho dueñas del Mediterráneo en 1702».

El episodio a que alude Churchil es al de los galeones de la ría de Vigo acaecido fortuitamente cuando la expedición de Rooke contra Cádiz, tras su fracaso, regresaba a Inglaterra. Este desgraciado accidente, sin graves consecuencias, ya que el botín aprehendido por los ingleses fue insignificante, tuvo en cambio graves consecuencias políticas: Portugal, pese a haber reconocido a Felipe V, abrazó la causa del Archiduque aliándose con Inglaterra.

Con ello la Marina británica dispuso en Lisboa de una magnífica base naval y se abrió un nuevo frente en la Península. Con razón el antes citado Mahan argumentó que Portugal estaba más cerca del mar que de España, y que por ello tenía que caer forzosamente bajo la influencia de la potencia que lo dominara.

El tesoro de los famosos galeones, que en su mayor parte fue puesto a salvo antes de que los ingleses penetraran por el estrecho de Rande, y la destrucción de ellos por los navíos ingleses dentro de las ensenada de San Simón, sirvieron a Rooke para mitigar la desconfianza que hacia él sentía el Almirantazgo británico tras su desafortunada actuación en Cádiz.

La guerra continuó y, en 1704, la frontera hispano-lusitana no presentaba cariz favorable para los angloportugueses. Por ello, los ingleses, conscientes de la superioridad naval angloholandesa decidieron explotarla desembarcando en los puntos de la costa española que se eligieran para abrir nuevos frentes en la Península con la ayuda de los españoles partidarios del archiduque.

Se consideraron dos posibilidades: un nuevo desembarco en la bahía de Cádiz o la ocupación de Barcelona.

La segunda opción fue la elegida. La propició el antes citado príncipe de Darmstadt que era, a título nominal, general en jefe de las tropas del rey Carlos III de España, título que daban sus partidarios al pretendiente austriaco. Las razones de esta elección fueron políticas: en Cataluña sus partidarios eran numerosos y Darmstadt había sido, como dijimos, virrey de Cataluña.

Rooke, con una poderosa flota de cincuenta navíos y otros tantos transportes; se situó frente a Barcelona el 18 de mayo de 1704. Naturalmente iba en ella Jorge de Darmstadt. Una fuerza de unos 3.000 hombres desembarcó sin oposición en la desembocadura del río Besós, profundizando hacia Badalona y hacía San Andrés por el norte de la ciudad. Un emisario de Darmstadt entregó un mensaje al virrey Velasco, intimándole a entregar la plaza y pasarse al partido del pretendiente austriaco so pena de bombardear Barcelona. Velasco se negó a ello e hizo frente a las tropas desembarcadas con los medios que los *consellers* catalanes pusieron a su disposición. El bombardeo de Barcelona empezó el 31 de mayo, manteniéndose durante tres días. Viendo que no se producía la sublevación catalana anunciada por Darmstadt, Rooke ordenó reembarcar sus tropas y levó anclas el 2 de junio.

Importantes acontecimientos en las operaciones navales le obligaban a hacer frente a la nueva situación creada en el Mediterráneo occidental.

La salida de Brest de la escuadra francesa del conde de Tolosa, burlando a la inglesa que la bloqueaba para unirse a la de Tolón en el Mediterráneo, fue quizá el factor determinante que hizo a Rooke abandonar las aguas de Barcelona para reunir bajo su mando a todas las fuerzas navales inglesas y holandesas dispersas por el Mediterráneo. Su misión era impedir la entrada en Tolón de la escuadra francesa de Brest. Tras conseguir concentrar una poderosa flota angloholandesa de 72 navíos y haber establecido contacto con la francesa en aguas de Baleares, Rooke maniobró mal y no pudo evitar que los navíos franceses eludieran el combate y entraran en Tolón.

Con ello desaprovechó la mejor ocasión que se le presentaría en toda su carrera de aniquilar una importante fuerza de combate enemiga de menor entidad que la propia. Primer objetivo de toda campaña naval.

Fracasado su intento de ocupar Barcelona y de asegurarse por largo tiempo el dominio del mar, Rooke fondeó en Altea, surgidero muy de su gusto, según Fenández Duro y, después, sin saber qué partido tomar, se mantuvo durante varios días cruzando frente a las costas españolas.

Fue entonces cuando el funesto príncipe de Darmstadt se acercó a un taciturno y preocupado Rooke, y sugirió al almirante que antes de volver a Lisboa con las manos vacías, contando con los poderosos medios de que disponía, se apoderase de Gibraltar. La «feliz» idea de Darmstadt iba a causar a España uno de los mayores perjuicios sufridos a lo largo de su azarosa historia.

Los argumentos de Darmstadt se basaban en que sabía que los españoles habían descuidado la defensa de tan estratégica plaza, lo que desgraciadamente era verdad, y que la posesión de fortaleza de tanta importancia iba a proporcionar gran crédito a la causa del archiduque, lo que resultó ser una ingenuidad.

Rooke se asió a la propuesta de Darmstadt como tabla de salvación ante la perspectiva de tener que justificarse ante los merecidos cargos que temía le hicieran los severos y sesudos lores del Almirantazgo. Resultado de sus fundados temores fue la decisión tomada y sus consecuencias la fácil captura de Gibraltar.

No tenemos constancia de que al iniciarse esta guerra Inglaterra tuviera el propósito de apoderarse de Gibraltar, y he aquí cómo un personaje insignificante, el príncipe Jorge de Darmstadt, Landgrave de Hesse —uno de los actuales *länder*s de la actual República Federal Alemana— iba a propiciar la perpetración de un desafuero que condicionaría la política exterior de España durante los tres próximos siglos con un problema que sigue sin resolverse. Calificamos así la alevosa toma de Gibraltar en 1704 porque entonces estaba vigente, entre los coaligados, el Tratado de Lisboa de 1703, que prohibía a las llamadas potencias marítimas (Inglaterra y Holanda) posesionarse unilateralmente de algún puerto de la costa española por considerar todo el territorio español de soberanía de su aliado el archiduque Carlos de Austria.

Tras todo lo relatado, cabe pensar que quizá debamos al marqués de Villadarias y a los heroicos defensores de Matagorda que Cádiz no fuera desde 1702 colonia inglesa, con frontera inicial en Cortadura, zona neutral usurpada hasta el río Arillo para construir una pista de vuelo en ella y San Fernando ciudad habitada por descendientes de gaditanos huidos.

Por la frase de Churchill (perspicaz historiador) antes transcrita, podríamos colegir que con Cádiz en el acceso occidental del Estrecho la flota británica hubiera tenido suficiente apoyo en la entrada del Mediterráneo.

De cualquier forma, sólo Clío, la musa de la Historia, hubiera podido pronosticar si la Gran Bretaña se hubiera sentido saciada con la espaciosa plaza fuerte gaditana, circundada de murallas y rodeada de castillos, o hubiera también ocupado la de Gibraltar en la angostura del paso.

Sea la hipótesis expuesta fundamentada o sin consistencia, es incuestionable que Rooke no pudo tomar Cádiz en 1702 porque se lo impidieron sus defensores, evitándonos con ello posibles complicaciones políticas posteriores.

Como epílogo a todo lo expuesto, sólo nos queda señalar que en Vigo hay un monumento en recuerdo de los galeones hundidos por los ingleses en la ría en 1702; en cambio, en Cádiz, que sepamos, no hay ninguno en memoria de los que, con éxito, la defendieron el mismo año.

Quizá algún lector de esta revista con poderes o capacidad de convocatoria podría contribuir a subsanar este olvido.